

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA HISTORIA Y LA ARQUEOLOGÍA

PANTA REI  
REVISTA DE CIENCIA  
Y  
DIDÁCTICA DE LA HISTORIA  
IV

MURCIA 1998

## APUNTES DE CAMPO PARA LA ETICA DE LA INVESTIGACION EN HUMANIDADES

Juan F. Jordán Montes

"No tenemos poco tiempo, sino que perdemos mucho".

SENECA - Sobre la brevedad de la vida-

"No hay nada que no deba examinarse".

UNAMUNO.

"...Hemos nacido para una tarea común..."

MARCO AURELIO.

### 0.- Comienzo...

Es en la soledad de la serranía cuando acuden a intervalos, como gratos compañeros de la marcha, y mientras uno investiga y camina en solitario entre las montañas y los ríos, rastreando poblados milenarios..., los recuerdos de experiencias vividas, los sentimientos silenciados y las palabras que debían haberse pronunciado. Es entonces cuando las pequeñas obras que jalonan nuestra existencia se recrean y reviven. Se siente entonces la tentación, y la osadía, de escribir unas líneas que induzcan a una somera reflexión sobre la utilidad de las ciencias humanas y lo exiguo, que no inútil, de nuestros esfuerzos. Las siguientes líneas no constituyen el preámbulo de un catecismo, ni es una guía para desorientados, pues para ello ya hay obras cumbre que aparecen citadas al final. Es solamente una acumulación, algo caótica, de pensamientos, sin notas eruditas. Pensamientos que son fruto del deambular por las montañas y los bosques, mientras se rastrea en los aromas del pasado y en las culturas extinguidas.

### I.- ¿Es útil la investigación en Humanidades en el mundo presente?.

Esta pregunta casi es ociosa si nos referimos a determinadas ciencias que aplican sus inventos, avances y recursos a la mejora de la condición humana en las vertientes de la salud, de la alimentación, de la seguridad o de la comodidad. Pero la duda brota, imperceptiblemente, y más entre la población general, si aplicamos la cuestión a las Humanidades, a la Historia en cualquiera de sus aspectos y épocas, a la Arqueología, o al Arte, o a la Filosofía, por ejemplo. Quedan eximidas parcialmente de un juicio dudoso o negativo, la Geografía y el Derecho.

¿Es un lujo dedicar tiempo a la Historia, o a la Arqueología, o al Arte, en un mundo repleto de hambre y miseria; acosado por guerras, epidemias, torturas, crímenes sobre niños y bebés de cualquier edad, eliminados hasta en sus propios nidos maternos; dañado por desastres ecológicos y medioambientales; profundamente alterado, y en el que se producen migraciones gigantescas de pobres, destrucciones de pueblos indígenas y persecuciones que atentan contra los Derechos Humanos? ¿Qué le importa al muerto de hambre o al enfermo incurable nuestras impenitentes indagaciones arqueológicas o históricas en el Próximo Oriente o en la península Ibérica, en medio de borrosos estratos o entre archivos polvorientos y oscuros? Quizás nada.

Ante las diferencias abismales, escasos argumentos se pueden hallar que justifiquen con decoro la labor en las Humanidades. Pero en el mundo presente es lícito y bueno también que los ciudadanos descubran su historia pasada, tanto para entender las situaciones presentes, y acaso remediar las desviaciones futuras, como para que se sientan coparticipantes del desarrollo ininterrumpido de nuestra especie, desde los orígenes en la sabana africana, hasta el epílogo solar; o hasta la Parusía (según las creencias del lector). Los ciudadanos han de sentirse, a través de la Historia y la Arqueología, del Arte y de la Literatura, testigos y eslabones; protagonistas y herederos; transmisores de valores a sus hijos y a la descendencia de las generaciones venideras. Pero prescindamos de razones místicas y busquemos las pragmáticas, tan frecuentemente utilizadas en el siglo XX.

Las ciencias humanas comienzan a demostrar, sin embargo, su utilidad pragmática en numerosos campos: rehabilitación de presos; poder curativo (según las conclusiones del X Congreso Mundial de Psiquiatría y referido al Arte); generación de puestos de trabajo; eliminación de pobreza y de áreas marginales reconvertidas en focos de turismo y de cultura; desarrollo de múltiples tecnologías que a su vez generan nueva riqueza; deleite y uso útil del ocio; relajación de las tensiones; comprensión espiritual del adversario secular; eliminación de las tentaciones racistas o xenófobas; expulsión del etnocentrismo; revalorización de los ancianos y de la cultura propia; comprensión de los universos mentales; curiosidad;...

Añadamos que la investigación permite que el investigador forje su carácter, y que así mejor sirva a la Humanidad. Todo esfuerzo humano que se orienta hacia bien general es encomiable. Pero para que ese suceso se produzca, se necesita antes el desarrollo de la persona individual. Merece recordar las palabras de Teilhard de Chardin: "¿Y aún el que consagra su tiempo y entrega su salud o su vida a algo superior a él, familia que mantener, país que salvar, verdad que descubrir, causa que defender?. Todos estos hombres pasan de un modo continuado y continuo del asimiento al desasimiento, porque ascienden fielmente por el plano del esfuerzo humano".

II.- ¿Qué cualidades han de forjar al investigador?.

En síntesis cuatro virtudes que a fines del siglo XX deambulan desterradas de amplios sectores del mundo occidental, y de España en particular. Siempre hay, en cualquier rincón, loables excepciones.

La primera es la humildad, franciscana, sin hipocresías ni falsedades. La segunda la sobriedad, al estilo de los viejos republicanos romanos o incluso la legendaria de los espartanos. La tercera la voluntad perseverante, como un Sífifo que gira su roca hasta la cima, pese a conocer su derrota reiterada. La cuarta la alegría, que fecunda y dignifica a las anteriores, ya que sin su aliño todo es amargura, resentimiento y quebranza en el acero de la espada.

-.-.-.-

Humildad para reconocer las limitaciones de nuestra propia inteligencia, y percibir el abismo de nuestra ignorancia. Pero ha de ser una humildad teñida de suave sentido del humor, e incluso de cierto toque de astucia. No se trata de una sumisión derrotada. En absoluto. La humildad proporciona sabiduría, porque reconoce las posibilidades, las carencias, los límites y las virtudes potenciales de la persona. El investigador ha de saber perfectamente, y distinguir con nitidez, cuáles son sus fuerzas y sus capacidades, y dónde se yergue su fortaleza y dónde se esconde su cobertizo. Es el último que debe engañarse.

Séneca, burlón, comentaba: "... muchos hubieran podido alcanzar la sabiduría si no hubiesen creído haberla alcanzado (...) si no hubiesen saltado por encima de algunas cosas cerrando los ojos".

Pero vigilemos que la humildad no se nos presente disfrazada, y sea en realidad soberbia y codicia con máscara de hipócrita.

Por otra parte hay que considerar una sabia observación realizada por Unamuno: "Obrar es ser humilde; abstenerse de obrar suele, con harta frecuencia, ser soberbia". En efecto, el investigador generoso se despelleja, como un Heracles atenazado por el fuego, por ofrecer sus esfuerzos, por comunicar sus experiencias y resultados, por contribuir al progreso general de la Humanidad. Mas a veces surge la tentación de reservar en el silencio lo obtenido, por miedo a las críticas, por considerar incompleta la obra, o también por simple vanidad que no admite colaboraciones o

enmiendas, y así sepulta los frutos prometedores. Son reacciones comprensibles, pero que deben ser erosionadas y limadas con la experiencia y el tiempo.

Dignidad sin artificios, decía Marco Aurelio en sus Meditaciones.

--- --

La sobriedad y la austeridad, compañeras de aventuras de la humildad, nos permiten soportar mejor las adversidades que surgen en el normal desarrollo de la existencia, o que son urdidas con taimadas intenciones. Y también se convierten en puente sólido y guarnecido, pues vetan el paso de la envidia y de la ambición desmedida y enloquecida. No se trata de convertirse, necesariamente, en un monje cartujo, sino de otorgar a la moderación y la frugalidad un lugar relevante en nuestro comportamiento y manifestaciones. Se puede y se debe disfrutar de la vida y de la Creación. No es cuestión de crear un monstruo que sólo estudie y razone; es vital e imprescindible que el investigador piense y sienta con todos sus sentidos. Unamuno alababa la austeridad "entre cristiana y estoica", como adorno del ser humano, capaz de fortificar la inteligencia y el corazón.

Vigilemos también que la austeridad no se nos vista de carnaval, y sea en el fondo vanidad y actitud presumida. Epicteto, en un fragmento memorable decía, recordando cierto pasaje del Evangelio: No te envanezcas porque hayas llegado a acostumbrarte a llevar una vida frugal y a tratar a tu cuerpo con rigor; si no bebes más que agua, no vayas pregonándolo por todas partes. Porque si quieres para tu propia satisfacción ejercitarte en la paciencia y en la tolerancia, cuando la sed te atormente, llénate de agua la boca y luego escúpela, sin que nadie lo sepa. Con frecuencia el sacrificio del investigador debe ser silencioso, sin aspavientos, sin demandar el reconocimiento, ni exigir premios.

En los aledaños de la sobriedad discurre el arroyo de la serenidad. Serenidad para no arrojarse enloquecido a conquistas de Dorados inabordables, inabarcables, inexistentes muchas veces. Serenidad para no convertir el esfuerzo en competitividad desaforada. Serenidad para calibrar bien, con quietud, qué cosas son prioritarias, y cuánto tiempo merecen que se les invierta.

--- --

La voluntad es el mejor recurso para diseñar el trabajo, descubrir y ofrecer. La perseverancia paciente que inmola lo débil y ejercita como a un atleta olímpico, permite progresar en el estudio. Camilo José Cela comentaba en el discurso que pronunció con motivo del premio Cervantes que se le había concedido, que en España triunfa el que resiste. Indudablemente en la trayectoria de todo hombre o mujer de investigación, científica o humana, emergen instantes y aún personas y situaciones que ocasionalmente son un peligro potencial para alterar su equilibrio. Se debe, por tanto, preservar la constancia, la tranquilidad y la conciencia serena, estoica y trascendente. Ramón y Cajal estaba convencido de que "Las deficiencias de la aptitud nativa son compensables mediante un exceso de trabajo y atención (...). ... el trabajo sustituye al talento, o mejor dicho, crea el talento". Unamuno también hablaba de la "pereza espiritual" que abortaba toda posición crítica.

El fenómeno Induráin, o el entrenamiento y preparación de los atletas de Maratón para las olimpiadas, nos sirven de modo preciso y precioso para culminar la ilustración del esfuerzo de un intelectual. El investigador debe comportarse y ser como un consumado atleta. Al sacrificio personal, callado y humilde, el deportista, añade una excelente planificación y previsión, la perseverancia, y el trabajo generoso en equipo. Y sabe ser moderado tanto en el triunfo, como sobrio en la derrota; modesto en la expresión de los justísimos méritos acumulados, como paciente ante los imprevistos que surgen y desbaratan un año de dedicación exclusiva. La confianza en uno

mismo y el respeto por la tarea de los demás, complementan las características de deportistas tan magníficos que los convierten en auténticos semidioses. El intelectual y el investigador pueden imitar su modelo, y saber sufrir ante las horas, las hojas en blanco o la pantalla de color del ordenador; sin alardes desmelenados de furia, de ira o de júbilo alocado. Compartirá los hallazgos entre sus colegas y entre el público, pues de esa única manera fructifican en verdad sus esfuerzos, por el intercambio de ideas y por ser fructífero en los otros. Se mostrará, en fin, modesto en sus descubrimientos y agradecido tanto con los investigadores que le sirvieron de base, como con los que le proponen nuevas vías, o le plantean objeciones juiciosas a sus planteamientos.

Y añádase una pizca de buen humor, para saber reír de sus propias equivocaciones. Risa que rompe los complejos claustrofóbicos y agobiantes; risa que descubre la insignificancia e insuficiencia de nuestros valores; risa, en fin, que nos transforma en seres trascendentes ante la misma muerte. La bondadosa paciencia, que no es nunca rendición incondicional, es también un deber ético y moral que hemos de mostrar sin distinción. Es siempre fiel y seductora, y una aliada notable para alcanzar elevadas cotas en la investigación. La paciencia nos permite acariciar los sentimientos y nos libera del vértigo de las precipitaciones; es la que nos arrulla en los imprevistos temporales, y es la que nos consuela en el agotamiento mental.

Por fin, la honesta missio sólo se nos concederá con la muerte, pues el investigador es un centurión que perece junto a su estandarte y enseña; nunca abandona sus símbolos. "Sólo con la muerte se te contempla y corona", decía Unamuno.

-.-.-.-

No olvidemos la necesidad de la soledad cíclica, agua fecundante para el alma y la inteligencia del investigador. Es necesario sumergirse en el himno del Universo para después cantar ante los seres humanos. Es necesario el silencio para después hablar o dialogar, con uno mismo y con los demás. Unamuno proclamaba: "Sólo en la soledad alzamos nuestro corazón al corazón del Universo". El miedo a la soledad temporal significa una deficiencia en nuestro sistema mental. Es saludable permanecer un tiempo en reposo, serenos, para después zambullirse en el bullicio humano y germinar en él las esperanzas gestadas.

Marco Aurelio decía: "... en ninguna parte ni más tranquilamente, ni más inactivamente, se retira el hombre que en su propia alma,..."

-.-.-.-

La independencia del investigador ante el Estado, los poderes públicos o religiosos, ante los mecenas o ante el público, es también cualidad exigible, como lo es para el artista o el escritor. En caso contrario el investigador trabajará y escribirá medido por una censura que, aun sin estar reconocida o practicada oficialmente, se manifiesta con sigilo en la intensidad y orientación de las palabras depositadas en el papel. Negar esa situación es declararse ciego oficial. Si el investigador alaba de forma innoble y hace de bufón, o escribe en busca de prestigio o de fama, pierde su rango, yerra su trayectoria personal y prostituye su misión. El investigador debe sobrevolar por encima de los cambios políticos, religiosos o ideológicos, sin renunciar a sus legítimas convicciones. Al investigar se ha de ser ácrata o reunir, en la medida de lo posible, las condiciones del voluntariado social: altruismo, perseverancia, responsabilidad, trabajo e independencia de los poderes de cualquier signo, ideología o creencia.

-.-.-.-

Pero ante todo el investigador no ha de olvidar nunca ser humano, con las connotaciones que dicho estado y cualidad implican. El profesor Aranguren escribía con frecuencia que el nuevo Humanismo de fines del siglo XX ha de ser, por fuerza, humanitario y humanitarista, con el fin de alcanzar la idea de la perfección humana. Aranguren aludía a la enorme responsabilidad histórica que recaía sobre los intelectuales y humanistas ante la formación de un mundo presente y venidero.

Ser humano implica olvidar la intransigencia y el fanatismo, sinónimo casi siempre del miedo y de la ignorancia. No es tolerable permitir el abuso de los intolerantes que pretenden imponer sus ideas y creencias como dogmas infalibles o principios intangibles, y que están convencidos de que la salvación de cada individuo transcurre, indefectiblemente, por sus manos sucias; sucias como la de cualquier mortal.

-.-.-.-

Si deseamos perfeccionar al investigador, añadámosle otros elementos. Primero la imaginación y la admiración por el medio natural y humano. Ramón y Cajal decía: "Mucho aprendemos en los libros, pero más aprenderemos en la contemplación de la Naturaleza, causa y ocasión de todos los libros".

Agreguemos el placer ante la compañía de las personas. El ermitaño está bien en la montaña donde medita y contempla. Y cumple su papel con dignidad. Y el sabio ha de ser hombre también de montaña, pero al mismo tiempo de ciudad y de gentes, una especie de franciscano dedicado a la oración en su ermita rural o convento, aislada, pero también a la predicación en el medio vivo y bullicioso de la urbe. Unamuno insistía con mucha frecuencia acerca de la necesidad de la soledad para el sabio, con el fin de acercarse después y aproximar su alma a la sociedad. También Séneca aconsejaba vivir retirado del foro y de la vida pública. Y decía que las más importantes acciones de los hombres radicaban en el retiro.

-.-.-.-

Añadamos el respeto a la mujer si es varón. No extrañe este comentario a fines del siglo XX, porque parece que quedarán pocos hombres en el mundo presente. Tratar con sentido de igualdad real a las mujeres es una rara habilidad y virtud que no parece estar al alcance de todos los varones; ni de sus pretensiones. Tampoco se sabe a veces trabajar con ellas, o a sus órdenes. No son inusuales los comentarios soeces entre los investigadores masculinos hacia sus colegas femeninos, en especial cuando deambulan vocingleros en manada. Cuando el comentario es de maestro a alumna, o a discípula, la situación requiere, sin dudar, la intervención del psiquiatra o del juez. Muchos hombres investigadores, jóvenes y viejos, no es ficción, se nos muestran como sesudos y aparentemente responsables, pero son pervertidos o frágiles en sus mentes. En ocasiones subliman su debilidad espiritual y complejos o traumas, con las tareas investigadoras donde destacan y son respetados, reutilizando como armas de poder, de una forma indigna, como un caballero andante que hubiera pervertido su lealtad a la causa y fuera un felón, sus conocimientos.

### III.- ¿Qué es exigible a un investigador?

Ante todo la honestidad en sus afirmaciones, en la exposición de sus teorías y en su vida personal e íntima. No se trata de alcanzar la gloria, efímera y limitada, mediante el fraude, la alteración de los resultados, el plagio vergonzoso y descortés, la fagocitación de ideas ajenas, la angustia obsesiva por el trabajo, la insidia y demás argucias, propias de un héroe de segunda fila como era Jasón.

Por otra parte, siempre que se entregue un trabajo para publicar o exponer, éste ha de alcanzar unas condiciones mínimas de dignidad y calidad. Ofrecer aportaciones atrofiadas, redactadas al trote y a trompicones o con lagunas escandalosas, es poco elegante y profesional. También es poco decoroso ofrecer una mercancía caduca, como son la pura erudición pedante y la vacuidad por contenido.

Dedicamos sólo unas referencias mínimas, no se merecen más, a aquellos supuestos investigadores que copian, plagian o utilizan materiales que no han elaborado. Tal delito, no infrecuente por desgracia, se produce, por lo común, en una relación de jerarquía, de poder o de sometimiento de muchos tipos. La denuncia a los tribunales es necesaria para dar un escarmiento contundente y merecido, y para que el que se considera en actitud y posición superior respete por fuerza, ya que no de agrado, lo que no le pertenece. El que copia sin citar o se apodera de una obra o teoría que no es suya, ha de ser considerado como un bellaco, follonero y malandrín. Si añade la amenaza, la extorsión o el chantaje, es sencillamente un canalla y un delincuente que ha de ir a prisión.

No confundamos nunca al plagiador con el divulgador honesto de conocimientos superiores, y que difunde los hallazgos y avances entre el gran público o los estudiantes universitarios. La referencia es ociosa, mas necesaria.

--.--

La modestia es una fiel y callada compañera que esta siempre presente y es prudente cuando habla y casta cuando opina. No se precipita en emitir juicios; no condena a los colegas; no le agrada abarrotar escenarios para declamar en público. La gloria digna y austera se alcanza sólo por la perseverancia y la sencillez. Y, sin duda, mediante la cordialidad con los compañeros inmersos en la investigación. Ramón y Cajal defendía que el investigador ha de mostrarse siempre indulgente, respetuoso y modesto con las equivocaciones de los colegas. Afirmaba que "... evitaremos en lo posible desdenes sistemáticos hacia nuestra obra y querellas polémicas envenenadas en las cuales perderíamos tranquilidad y tiempo, sin ganar ni pizca de prestigio y autoridad". Y añadía: "Lejos de censurarlo crudamente, disculpémoslo con benevolencia, haciendo notar que se trata de observaciones muy difíciles, donde las equivocaciones resultan frecuentes y casi inevitables. No imputemos el error a la ignorancia, antes bien, a la imperfección de la técnica aprovechada o a los prejuicios de la escuela donde se inspiró el trabajo censurado". Confucio decía: "Ser estricto con uno mismo y comedido con los demás, es aceptable".

Marco Aurelio ya era consciente de la envidia y de la rivalidad entre los humanos. Siguiendo su estela afirmemos mentalmente "...piensa en los méritos de los que viven contigo", antes que llevar cuenta de sus limitaciones y de sus defectos.

La modestia, además, nos libera de la incómoda presencia de la pedantería zumbona y de la presunción ridícula por eximios logros, triunfos breves y supuestas proezas cortas. La insignificancia de nuestra labor la establece de forma irrefutable y arrolladora la magnitud del universo. Con o sin telescopio, sólo los ciegos de nacimiento, no verían la paupérrima miseria del esfuerzo de cada individuo, a la luz de los astros, de sus magnitudes y de sus distancias. Titilamos trémulamente. Marco Aurelio amaba de su padre adoptivo, Antonino Pío, "...la indiferencia ante la vanagloria en los honores; el amor al esfuerzo y a la perseveración; la atención a quienes tenían algo útil que aportar al interés común".

--.--

La difusión de los conocimientos y de las teorías entre el gran público ha de ser un deber del investigador, compaginable con la propia investigación o con la actividad docente. La propagación entre las gentes sencillas, los curiosos, las personas cotidianas o los interesados del saber, es una obligación ética y moral. Es también una elegante y agradecida forma de reintegrar a la sociedad de la que surgió el investigador, los esfuerzos económicos y de toda índole que dicha comunidad realizó para la formación del intelectual. Y habrá ocasiones en las que el investigador no habrá de demandar monedas por sus servicios. Su buen juicio le permitirá discernir si ha de recibir su justísimo salario, o le indicará si puede prescindir de él. Un buen vaso de vino como cantaban los que transmitían los romances medievales, es también una buena soldada. La talla humana del investigador se revela con todo su esplendor en esos momentos. Confucio decía en un pensamiento de exquisita sensibilidad: "Nunca negué mis enseñanzas a nadie que las buscase, aunque fuera demasiado pobre para ofrecer algo más que un detalle de agradecimiento por su educación".

-.-.-.-

La difusión está muy relacionada con la generosidad. Hay que saber jugar y participar tanto con equipos de primera división como con equipos de tercera, para que éstos últimos reciban los estímulos que le elevan sobre su condición natural, o sobre sus circunstancias ambientales. El investigador no se avergonzará de ofrecer una charla en un pueblo aislado, o de publicar un trabajo en una modesta revista. Hay que correr el Tour pero también las pequeñas vueltas regionales en las que curiosamente, el ciclista, también se prepara, progresa y alcanza la plenitud de su forma física. Eso es generosidad y colaboración. Lo demás, reservar los conocimientos sólo para las élites intelectuales o las grandes efemérides, puede ser a veces mezquindad, mediocridad y mercadería de filibustero. La generosidad también se manifiesta en compartir con los colegas y con los otros investigadores los frutos de nuestras labores, en una "mutua fecundación", como diría Unamuno. La confluencia de tantos empeños eleva la condición de las personas, de la comunidad y, si se quiere, de la patria. Seamos conscientes que la entrega de relevos, como los atletas que son compañeros y que sufren y se alegran en la misma pista, ha de realizarse con generosidad, sin tacañería, sin enredos, sin artimañas. El triunfo y el progreso es una tarea colectiva de toda la Humanidad, y no se entregan nunca medallas de oro, sino que se recibe un espíritu abierto y amplio. Y el que se reserva y guarda para sí los descubrimientos y la gloria, perece en el aislamiento que le envilece y hace necio; y en la caducidad que le cercena su salvación. Hemos nacido para compartir; no para competir.

-.-.-.-

El equilibrio emocional. Alguna vez, por desgracia, se ve a honorables investigadores perder de forma lamentable paciencia, educación y maestría, en comportamientos infantiles por cuestiones vanales, ante bagatelas, o por rivalidades efímeras. Mantengamos un espíritu equilibrado, siendo conscientes que es muy perjudicial focalizar la vida en un sólo objetivo, empobreciendo así a marchas forzadas alma y entendimiento. "Hay que conceder un respiro a los espíritus", decía Séneca. Serenidad y comedimiento en los esfuerzos. Marco Aurelio era más explícito: "En ningún momento precipitación o pereza, incertidumbre o abatimiento, ni risa compulsiva y de nuevo cólera y recelo".

Si el investigador puede ser padre o madre mejor. Comprenderá de forma más sensible las necesidades de su entorno; y si teóricamente pierde y derrocha tiempo que podría estar destinado y dedicado a las lecturas o a la redacción de trabajos, gana en sabiduría y en serenidad. Se hace, por otra parte, en familia más tolerante, más caritativo, más entrañable, más agradable en el carácter y relativizará todas las necedades, caprichos y manías que le surjan en cualquier rincón. Los juegos y



los biberones, los pucheros y los pañales, pueden resultar tan útiles para el investigador como un ordenador o como la fuente más recóndita e inaccesible. Pero el investigador no ha de buscar crear familia para remedio de sus complejos. Sería inútil y muy perjudicial los resultados para los herederos. Sólo decimos que en familia se sosiega la inquietud y se relativizan los sinsentidos humanos. Si no está preparado para la vida familiar es preferible que permanezca en su estado prístino, de ermitaño.

Las amistades entre los investigadores pueden resentirse si no se mantiene viva la vigilancia. Las rivalidades que surgen casi de forma natural, los celos, las conjunciones en los campos de estudio, las discusiones por las interpretaciones de los resultados,... son factores habituales que pueden, no siempre, deteriorar la concordia, crear crispaciones y enrarecer el ambiente. El joven investigador, y también el veterano y el viejo, harán prevalecer en sus relaciones la serenidad y el comedimiento y siempre desterrar la ira. A veces la renuncia voluntaria y convencida a un derecho que consideramos que nos pertenece legítimamente, genera un ambiente de calma. De nuevo el buen razonamiento del investigador le permitirá saber si conviene hacer esa concesión en pro de la paz, o es imposible la cesión de un derecho para no maleducar.

Añadamos una vuelta más de tornillo. Si el investigador, además de a su familia, dedica un tiempo de su trabajo y una porción de su inteligencia, al voluntariado o a la lucha altruista por cualquier causa, añadirá todavía más significado como ser humano a su valía como intelectual. Héctor se nos muestra como un guerrero extraordinario, muy moderno, especialmente sensible con su esposa y su hijo. Es el derrotado por la perfidia de los dioses, no por Aquiles, héroe arrogante, inmaduro, mimado, carente de generosidad y colérico, que olvida que combate por todos los helenos, no por el disfrute de un capricho. Sólo sabe de su fuerza. Algo similar decimos de Ajax. Héctor, en cambio, sabe despojarse de su casco cuando besa y abraza a su hijo antes de partir al combate, y comprende las terribles circunstancias que padecerá su mujer en el cautiverio cuando sea vencido y muerto. Lucha y combate por la libertad de su comunidad, aunque en nada era culpable de los pecados de Paris. Es decir, comprende a la humanidad porque es humano. No vive aislado en un exilio de placer, ni desterrado en la soledad espiritual, a veces estéril. Se comparte y difunde generoso, pletórico de fuerza y simpatía. Espiritualmente está vivo.

--.--

Aprovechar con juicio y convenientemente los escasos recursos que la sociedad o la administración entrega a nuestra disposición, sobre todo en época de penurias o en naciones con muy débiles economías. El derroche de materiales y el uso perezoso del tiempo deben ser entendidos como faltas graves, y aun como auténticos delitos por dilapidar dinero, energías y tiempo, y por ser un fraude en la confianza que la comunidad ha depositado en el investigador. Tal investigador ha de ser despojado de sus recursos, y éstos habrán de ser a su vez entregados a otros compañeros más diligentes y comprometidos.

Ramón y Cajal hablaba en ocasiones de patriotismo, concepto que hoy en día parece diluido, cuando no desvanecido o reorientado en nacionalismos más diminutos (como todo nacionalismo que es corto en perspectivas por muy elevada que sea su atalaya y muy loables sus propósitos). Pero a falta de patriotismo desvencijado o revitalizado, es bueno al menos no adoptar una actitud y postura acomplejada ante producciones extranjeras; mas tampoco orgullosa o de desdén, que es casi la misma cosa que la primera, nada más que adornada con plumas. Unamuno reconocía el heroísmo que significaba investigar (o significa aún) en España, ya que las dificultades y obstáculos que hallaba un investigador en nuestro Estado eran muy superiores a las que sorteaba un británico, un alemán, un francés o un italiano. Y animaba a superar la "humildad colectiva" o la "falta de confianza" en nuestras propias capacidades intelectuales. Pero regresemos a lo que más importa. El

investigador ha de ser consciente de que su vida es sacrificio por su ciudad (o nación) y por su ciudadanía.

-.-.-.-

Aportar calidad a su obra. Y ello no sólo por el contenido sino por las formas. Escribir con corrección no sólo es exigible, sino que es irrenunciable. Si es posible el investigador habrá de leer mucha literatura para mantener un lenguaje digno. Somos conscientes que ello es extremadamente complicado ya que el tiempo es escasísimo, y sobre todo si se quiere mantener uno al día de lo que aparece publicado en las Humanidades. Pero resulta muy triste y vergonzoso leer las aportaciones de ciertos colegas en revistas, seminarios o congresos. A los aspectos técnicos de puntuación, acentuación, orden y sintaxis, se añade a veces un caos infinito en la composición y una ausencia de espíritu didáctico. Da la sensación que se escribe con los dedos de los pies más que con los de las manos, y que se redacta sin digerir las lecturas previas al parto. Es muy penoso leer algunos artículos de arqueología, de arte o de historia con unas construcciones y giros lamentables, y algo más que anárquicos: caóticos e informes que dificultan la simple comprensión del mensaje e invalidan, en la práctica, el trabajo.

Las prisas, la desidia o la indiferencia por la lengua castellana, cuando no una lamentabilísima incultura en personas universitarias y aún doctoras, crean engendros. Y es una lástima que un buen artículo de investigación, por falta de un mínimo esmero, se malogre e inutilice.

En consecuencia, el investigador se esforzará por pulir cada vez más su estilo, ya sea éste conciso o barroco, aunque en principio sea preferible la sobriedad y la sencillez. Lo que importa es que aquello que trata de transmitir o de comunicar sea entendido sin necesidad de recurrir, no al diccionario, sino a la intuición generosa del lector. En efecto, a la creciente perfección de estilo (y para ello hay una abundante y buena selección de libros que informan sobre cómo hablar en público, o cómo mejorar la redacción), habrá de añadir el investigador la capacidad para difundir las ideas y los conceptos, y siempre sin pecar de pedante o de oscurantista.

Hablar con elegancia constituye otra valla en la carrera de obstáculos por la que corre el investigador. Con relativa frecuencia éste ha de exponer en público o ante especialistas, sus descubrimientos y sus teorías. Deberá, por tanto, adquirir algunas habilidades mínimas: claridad en la presentación, desarrollo coherente, y gestos agradables y serenos. Sin olvidar que ha de saludar con cortesía, como a un amigo o amiga nueva; o que ha de mirar con educación a la mesa y al público; o que ha de navegar sobre la barca de la sencillez. Una conferencia, además, es mucho más difícil de seguir para el asistente o espectador, pues es imposible retroceder en la lectura de la misma, y las frases se acumulan en el tiempo a velocidad vertiginosa. No es necesario recordar que adaptará su mucho saber a la condición del auditorio. Esta circunstancia se olvida con demasiada frecuencia.

Pero la elegancia en el hablar no es patrimonio exclusivo del que diserta o teoriza en la mesa del congreso o de la conferencia. También ha de mostrarse elegante el investigador que escucha, o que interviene al final del discurso del orador, o que inicia o mantiene un coloquio. Por supuesto, nunca interrumpir al conferenciante. ¿Caso insólito? En absoluto. Mencionemos además otros vicios que causan tristeza cuando se observan en un congreso o charla: tonos despectivos, petulancia del falso sabio, ironías innecesarias, ensañamiento cruel con el novato, posturas desmayadas en los asientos, miembros desarticulados, expectación ante la equivocación, risas impertinentes, especulación de alianzas,... Todo ello resulta ridículo cuando se busca la notoriedad, y repulsivo cuando es fruto de la grosería y de la mala intencionalidad. Un ilustrado cruel y un titiritero engreído son anverso y reverso. Hay espíritus encumbrados en su fama, justa fama que no se le niega, que no saben

permanecer con dignidad en las cimas del saber. La elegancia y la dignidad han de ser siempre patrimonio irrenunciable del sabio y del investigador que se respete a sí mismo.

#### IV.- La expulsión de las hieródulas.

Hay una serie de factores y circunstancias que el investigador debe condenar sin remisión a la damnatio memoriae, si desea progresar en su esfuerzo y en sus proyectos.

La primera hieródula es la fama y el prestigio personal, que se convierten en ocasiones en acompañantes incómodos y hasta perniciosos en el camino del investigador. A cambio de unos pocos besos, fatigosos de obtener, dulces al principio, amargos al final, la fama todo lo pervierte e invierte. La presunción en las conferencias o en las comunicaciones escritas, resulta de pésimo gusto, porque la elegancia se ausenta avergonzada. La fama no ha de buscarse; ella acudirá sólo sin ser llamada, si lo considera oportuno y si las circunstancias del investigador merecen su visita. Ya resultará bastante incómoda aun así su compañía. Ocurre como con las firmas de las obras pictóricas o escultóricas. Si la obra de arte es de calidad, transmite contenidos valiosos, u ofrece perspectivas y dimensiones originales, los que vean, lean o escuchen, se esforzarán por buscar la firma en algún rincón. En caso contrario es preferible un prudente silencio, no necesariamente ominoso. Marco Aurelio advertía: "¿Te va a desgarrar la vanagloria? Pon tu mirada en la rapidez con que se olvida todo, el abismo de tiempo infinito en ambos sentidos, la vaciedad del ruido y su eco,...".

Nos enfrentamos también ante supuestas ofensas cuando los colegas, inadvertida o justificadamente, omiten la cita de nuestras aportaciones u olvidan una teoría que hemos elaborado. Entonces el infeliz cabila, se angustia y se agita porque su nombre no aparece en los listados bibliográficos o en las secuencias de notas; y añade al supuesto agravio, el rencor. Confucio decía: "No os preocupéis si los demás no reconocen vuestros méritos; preocuparos si no reconocéis los suyos". La perseverancia en el tiempo y el trabajo silencioso y humilde, satisfacen por sí mismos. No hemos de trabajar para que sean reconocidos nuestros muchos o escasos méritos, sino para servir a la Humanidad.

De todos modos, es natural que cada investigador contemple su estela y ame su surco, siquiera para enderezar rumbos o corregir impurezas. Sería inhumano y poco saludable que desdeñara los frutos de su huerta. Mas todo con natural moderación, sin complacencia permanente en nuestro enfoque. Es verdad que los hombres, mortales, en un innato instinto, se reconocen en su perduración material y en la pervivencia de los gratos recuerdos plasmados en sus vidas, entre los que amaron y entre los que le amaron. Unamuno decía: "Te transmites todo y entero en todas y en cada una de tus obras y de tus acciones".

-.-.-.-

Junto a la fama, suelen deambular cerca la vanidad y el orgullo, "terrible embaucadora", utilizando palabras de Marco Aurelio. El fanfarrón las más de las veces ignora aquello de lo que presume como estandarte; cuando no acaba por desteñir las irisaciones espléndidas de su cáscara. Mas hemos de ser plenamente conscientes de nuestras limitadas capacidades y de los recursos disponibles en nuestro entorno. Este entorno, unas veces, no será muy propicio para trabajar, porque predominará en él la apatía o la ignorancia; en otras se amenazará la libertad del investigador; y, en fin, en ocasiones, ofrecerá tantos estímulos advenedizos y marginales, que ahogará las iniciativas. Mas cuando superamos esas barreras ambientales, surge casi de inmediato un límite más sutil, más tenue, más difuminado,... pero más peligroso. Es la arrogancia del que se cree algo más próximo a un dios, capaz de rebasar sin daño ni merma todo obstáculo, contratiempo y horizonte. Seamos

humildes para trabajar a tenor de nuestras circunstancias. Epicteto decía: No tienes que librar a la tierra de monstruos porque no naciste Hércules ni Teseo; pero puedes imitarlos librándote tú mismo de los monstruos formidables que llevas en ti.

-.-.-.-

Del mismo modo ha de sufrir el destierro la competitividad desaforada. Se dice con frecuencia que la competencia estimula al investigador, que es creatividad, que le permite trabajar horas y horas, y días y días, y años y años,... hasta que enloquece o se perturba gravemente. Más que competir hay que compartir. El que compite y ve a los colegas sólo como rivales, o les envidia o les depreda sus trabajos, no prospera ni desarrolla su espíritu y se convierte en un pobre hombre (o mujer). El que desprestigia de palabra u obra o deniega la ayuda a un colaborador o colega, olvida la misión fundamental del investigador. Es preferible trabajar menos y obtener resultados más modestos, pero preservar la salud mental y espiritual. Ramón y Cajal decía que ante un ataque personal en el campo de la investigación, si se optaba por la defensa, había que hacerlo de forma "hidalgua". De todos modos abogaba por pasar "... en silencio ataques personales e insidias polémicas. Porque en tales torneos importa antes que defendernos, defender la verdad". Unamuno era partidario de desterrar también la codicia, sin renunciar por ello a la ambición personal, que permite elevar la condición del hombre y sus cualidades. Decía que éramos un país de "pordioseros arrogantes". Aunque preservemos la modestia en los recursos y la humildad en los resultados, eliminemos el orgullo y la fatuidad. Buzz Lightyear y Woody se redimen mutuamente de su vieja rivalidad, envidia y defectos, porque reconocen los méritos del otro, y porque trabajan conjuntamente por el bien mutuo y ajeno. Es el mensaje primordial y vital de esa cautivadora película infantil de juguetes, realizada íntegramente por ordenador.

-.-.-.-

Ha de expulsarse también, sin duda y sin concesión de indulto o perdón, el miedo a la equivocación, un defecto muy arraigado entre los españoles, que somos orgullosos y tememos demasiado al ridículo. Lo grave no es equivocarse en los resultados o en la senda elegida. Nuestras fuerzas además son débiles y limitadas. Lo que importa en realidad es abrir nuevas rutas intuitivas; o cerrarlas provisionalmente si se percata el investigador que proporcionan menguados frutos; o desestimarlas si resultan estériles o equivocadas. Lo que nunca es vano es el tiempo y el trabajo destinados a descubrir incluso la inutilidad de un camino. Es tiempo que se ahorra a los investigadores futuros. Se aprende de los errores, a veces incluso más que de los aciertos, pues éstos se arropan de inmediato con la vanagloria y el triunfalismo, y tejen una bruma que difumina la percepción del sacrificio.

Todo ello no implica que el investigador se convierta en un corsario alocado que intenta todo en dispersión incesante. La más elemental prudencia, aliada con la audacia, ayuda a discernir.

En relación con el miedo a la equivocación está la reverencia excesiva por los escritos de los maestros. Es natural que haya una consideración y un sano respeto por los escritos de los precursores en el tiempo, y por sus teorías planteadas, tanto por agradecimiento a sus esfuerzos, como por reconocimiento a su encomiable labor pionera. Y siempre pese a sus posibles errores. Es muy interesante pasear por la mentalidad, las dudas, las equivocaciones y los diálogos de los investigadores ya desaparecidos a través de sus obras y escritos. Hay aromas de humanidad en todo ello y se descubren sensibilidades seductoras. Se aprende también a ser paciente y perseverante. Se percata uno de que la vida del investigador no es fácil ni regalada como la de un Midas. Pisar, por otra parte, sobre las huellas de los predecesores, experimentadas y prudentes, es un sano ejercicio

para los jóvenes investigadores, y así lo estimaba Descartes. Tiempo hay de abandonar las guías y de escribir el propio manual de supervivencia para exploradores solitarios o para turistas, según los casos. La vida, en su brevedad, es lo suficientemente larga para aprender y transmitir el legado personal. Además, cualquier dirección de la rosa de los vientos, como afirmaba Unamuno, es válida para investigar o emprender una ruta. Decía: "Morir como Icaro vale más que vivir sin haber intentado volar nunca,...".

Mas la docilidad por temor, que es otra cosa completamente diferente al respeto, no es aconsejable. Con frecuencia encontramos jóvenes investigadores que tiemblan o vacilan ante la posibilidad de emitir una teoría que contradiga lo establecido por el tiempo, la tradición historiográfica, o los primeros espadas de las diferentes especialidades de las ciencias humanas. No se trata de mostrarse continuamente crítico por principio ni receloso como un doctrinario. Esa actitud revela también miedo y orgullo. Ramón y Cajal afirmaba que una de una de más funestas preocupaciones entre la juventud intelectual era "La extremada admiración a la obra de los grandes talentos y la convicción de que, dada nuestra cortedad de luces, nada podemos hacer para continuarla o completarla". Y añadía: "De los dóciles y humildes pueden salir los santos, pocas veces los sabios". Añadamos que la historia de la investigación en nuestras materias está plagada de heterodoxos condenados, que después vieron reconocidos sus descubrimientos, tras deambular por soledad de la indiferencia, el purgatorio de las críticas (o chanzas) y el desierto del silencio.

Todo investigador porta en su mochila, parafraseando a Napoleón, un mapa virgen donde escribir lo que vé y lo que oye, lo que descubre y lo que le sugieren sus perspectivas. Hay siempre la posibilidad de una leal innovación que se apoya en los basamentos de lo ya investigado. Nunca hará el ridículo quien es riguroso, sereno y honesto. El miedo a encontrar caminos nuevos a veces detiene al investigador que se inicia en estos campos, porque teme resultar extravagante, o recela ser un provocador, o sospecha que ha de ser motejado o vilipendiado en revistas y publicaciones. Los buenos soldados se curten en las batallas. Además, los golpes de suerte hay que abrazarlos como un portero de fútbol hace con un balón. El buen cancerbero jamás soltará el esférico, por muchos revolcones o encontronazos que sufra.

El investigador joven que ha encontrado un filón nuevo y sorprendente, sufrirá si la teoría es atrevida. Si transita por campos ya cultivados, lo cual es lícito y hasta necesario en sus primeras rondas, adornará su exposición con la necesidad de recordar o de actualizar. De todos modos, el tiempo corroborará o rebatirá nuestras propuestas. Es el juez más justo e inflexible, y acaba por convencer al propio encausado. En Arqueología disponemos de muy ilustrativos ejemplos de estas situaciones: la contumacia de Breuil por defender la cronología paleolítica de las pinturas rupestres levantinas pese a todas las pruebas en contra. Otro de los casos más paradigmáticos es el de Marcelino de Sautuola, quien habiendo descubierto el arte rupestre francocantábrico soportó con estoicismo las burlas o la indiferencia de la ciencia europea del siglo XIX.

--.-.-

El miedo a las críticas y las disputas estériles es otra de nuestras lacras como españoles. La crítica no ha de ser entendida, tanto por el que la emite como por el que la percibe o recibe, como un ataque personal, o una invectiva focalizada en la persona aludida. Se ha de comprender como un comentario al contenido de lo escrito o de lo expuesto oralmente. Nunca hemos de caer en la trampa de pensar que se trata de una ofensa personal y premeditada. El subconsciente es así de débil y de temperamental. Nuestro valor como seres humanos no se discute, ni depende de nuestra sagacidad como investigadores. Pero, es evidente, que tales consideraciones requieren madurez y espíritu estoico por ambas partes, tanto por la del emisor como por la del receptor.

En el sentido indicado, las críticas son siempre fecundas porque generan diálogo, intercambio de pareceres y acopio de datos. Además, nos hacen humildes si las aceptamos con educación y las recibimos desde la cortesía. El derecho de réplica y aún de dúplica, garantiza, si se conduce el proceso con elegancia, la fluidez en la investigación y el progreso de la misma. Los españoles somos demasiado proclives a identificar ideas emitidas con el rango y el valor de las personas. Estamos convencidos, pese a todo, que somos capaces de exponer cualquier idea sin ofender o alterar la concordia, prologando la crítica con un reconocimiento sincero (insistimos en la palabra sincero) de la labor realizada en el trabajo al que se le hace una objeción; o bien culpando del ligero desliz o de la involuntaria omisión, al tiempo, a las técnicas del momento o a las mismas limitaciones de los investigadores en sus recursos disponibles. Ese preludeo de honesta alabanza o suavización, no ha de ser nunca burda excusa ni artimaña para un ataque cínico o velado. Cuando se despliegan las banderas de la sinceridad muestran siempre unos colores limpios y seductores.

Si estamos en una situación ventajosa respecto a la crítica hacia otros colegas, y más si son jóvenes y no veteranos en las lides, hemos de mostrarnos exquisitos en la exposición, pacientes y comprensivos en la respuesta que se va a desencadenar. Nunca displicentes o perdonavidas. Es probable que la objeción deba ser realizada en ocasiones en forma de pregunta, de sugerencia o incluso indicando como preludeo que nuestra común ignorancia es mucha. Si realmente deseamos enseñar hemos de ser, como diría Marco Aurelio, piadosos. Séneca hubiera dicho: "La razón concede tiempo a uno y otro bando; después pide también una demora, para tener la oportunidad de descubrir la verdad".

En ocasiones resulta patético contemplar en un congreso cómo se levanta un sesudo investigador y zahiere de forma poco elegante, con arrogancia y hasta con crueldad, a un investigador más joven, menos experto o más ingenuo en sus afirmaciones. Su actitud recuerda a la de un payaso en la pista de un circo; con la notable diferencia de que el noble payaso se gana la vida de forma honesta y hace feliz a los niños, mientras que el imitador del payaso, insolente, pavonea su miseria espiritual y su debilidad de carácter de forma penosa y para oprobio de él mismo. Zaherir con ventaja es de mezquinos y cobardes. Por el contrario, desarrollemos lo más difícil y bello: la comprensión, la generosidad y, en fin, la humanidad, ley no escrita pero grabada en la memoria del hombre.

Las heridas de guerra no nos hacen inmortales pues incluso los veteranos curtidos en mil combates, como un Quijote tenaz y terco, también sufre el dolor de las palabras, aunque no lo exprese ni con la respuesta encendida ni con el rostro ceñudo.

La magnanimidad y la elegancia de la persona también se manifiesta en la omisión de una respuesta desagradable y en el destierro de la venganza, inmediata o aplazada, para que sea añeja y duela más. Las ofensas, reales o imaginadas, deben caer en las letrinas donde se diluye todo. Y se les ha de conceder tres regalos como aconsejaba Séneca: el tiempo, la sonrisa y el perdón. Y ello por dos razones: para no alterar la propia paz personal con tormentas pasajeras, y para contribuir a la convivencia colectiva con el sosiego y la quietud que cada uno porta en su alma. Los hombres pacíficos son realmente bienaventurados.

Con frecuencia, cuando criticamos en vano y con precipitación, no reflexionamos y olvidamos el cansancio, la extenuación, la escasez de recursos, el tiempo invertido,... que los investigadores padecen. Y si deseamos comprensión para nuestras limitaciones, del mismo modo hemos de conceder esa comprensión al compañero.

En definitiva, siendo conscientes de que nos es costoso el olvido y que aunque se olvide, permanece siempre un olvido memorioso, como recuerda Pedro Laín Entralgo, hemos de ser exquisitamente cuidadosos en la emisión de juicios, en público y en privado, pues derivan mutuamente. Y caritativos, si se nos permite esa palabra, y corregir con suavidad absoluta. La mirada ha de

permanecer limpia de envidia, de rivalidad y de competitividad desaforada, auténticas lacras y migrañas del investigador de cortas miras que atrapan e inmovilizan, como arañas, las mejores energías de la persona.

Recordar que nadie nos puede arrebatar la calma tan preciada si nosotros mismos no nos perturbamos, en especial por cuestiones insignificantes y transitorias. El que se altera, dispara. No siempre es fácil seguir la máxima de Séneca cuando advierte contra los que injurian: "...muestra no tener inteligencia ni confianza en sí mismo el que se siente afectado por las ofensas".

Recordar también que hemos de agradecer las sugerencias realizadas a nuestra labor (un agradecimiento igualmente sincero y honesto). Se responderá de forma educada y amable, reconociendo la equivocación, o la senda desviada de su Norte si la hubiera. En caso de estar convencido de nuestra aportación y de la ruta elegida, perseveremos en la afirmación con cortesía.

Cabe la posibilidad de una tercera vía que es la de admitir total o parcialmente la probabilidad ofrecida por el interlocutor, sin necesidad de renunciar a nuestra teoría, y ofreciendo un aplazamiento temporal en la resolución de la duda o del interrogante, hasta que se acumulen nuevas pruebas o intervengan otros colegas que aporten soluciones diferentes o complementarias. Como solía comentar el cardenal Tarancón, nunca hay preguntas indiscretas, sino respuestas malsonantes (quien por cierto seguía al pie de la letra un diálogo de Clint Eastwood en una película del Oeste).

--.--

El no reconocimiento de las equivocaciones y errores, constituye otra limitación fundamental del investigador. Siempre nos brota una disculpa, una explicación o un subterfugio para justificar unos resultados incompletos, desorientados o deslavazados incluso. Es extremadamente difícil, y más con una sonrisa o risa inteligente, reconocer nuestra equivocación o una elección de camino sin salida. La dignidad no se pierde si se admite el error y se agradece la corrección o la sugerencia del colega que ha advertido el fallo o la imprecisión. Por el contrario, la virtud personal se incrementa con la flexibilidad del espíritu en la recepción de las palabras y en la ayuda mutua. René Descartes decía que no era indigno para un hombre confesar su desconocimiento e ignorancia de muchos cosas y asuntos. Lo pueril es, en cambio, pretender disimular o sustituir el rubor casto y sincero, por la ira y la presunción. Teilhard de Chardin también elogiaba el fracaso por ser escuela de perfección y de orientación hacia campos menos materiales. Pero somos unos infelices esclavos de la imaginación mal dirigida (Epicteto) y pensamos que somos ofendidos con frecuencia, cuando tan sólo recibimos el saludable soplo del viento germinador de las ideas transmitidas por la palabra. Admitamos con honesta generosidad que somos muy ignorantes; que no disponemos, ni ahora ni nunca, de las llaves del Paraíso; y que no somos creadores del cosmos, sino actores que a menudo olvidan el diálogo de su papel o que lo adulteran en beneficio propio y perjuicio del prójimo. Epicteto añadía: Acusar a los demás de nuestras adversidades es propio de ignorantes; culparnos de ellas a nosotros mismos es señal de que empezamos a instruirnos...

En todo ello debe andar, además, un espíritu trascendente, que es el que nos avisa de la finitud e insignificancia de nuestras aportaciones y que, en resumidas cuentas, nos advierte que no somos tan importantes e imprescindibles como deseáramos con fervor.

--.--

La prisa por publicar convierte al investigador a veces en un ser compulsivo y hasta patológico, que se desfonda como un ciclista no veterano en el primer puerto de categoría especial que se le

presente. La obsesión por prodigarse en revistas, congresos, eventos milenaristas, conmemoraciones y otras convocatorias, no es una irrealidad que imaginamos aquí. El deseo de dar a conocer los descubrimientos o las teorías atrayentes es comprensible. Pero toda aportación requiere serenidad, reflexión y madurez. A veces el trabajo que permanece dormido por unos meses o unos años, se transforma como un vino de calidad y adquiere tonalidades y aromas antes insospechados. Se paladea entonces con los buenos amigos de forma reposada y serena.

Un buen remedio para serenar los ímpetus, es consultar a los compañeros de investigación, y sobre todo escuchar, escuchar y ver con prudente atención. Sin sonrojo porque se desvele nuestra ignorancia en algunas cuestiones. Sin miedo a los comentarios. Pero también, y es muy importante, despojados de la soberbia del que cree que ya lo sabe todo, que ya ha desarrollado su curriculum hasta el infinito y que desprecia, de paso, a los investigadores bisoños.

-.-.-.-

La obsesión por acaparar temas y materias de estudio, no permitiendo u obstaculizando las tareas de compañeros próximos o de colegas, es uno de los vicios más feos y despreciables que puede adquirir un investigador. Con el pretexto de que se está culminando una magna obra, o con el temor de que se va a ser despojado de la gloria y del descubrimiento, hay investigadores impertinentes que sufren la supuesta intromisión de otros en los terrenos y asuntos que consideran de propiedad privada.

Es evidente que se ha de mantener un respeto, por otra parte, hacia los investigadores que nos preceden en el tiempo y en la materia que se pretende estudiar o analizar. Es una cuestión de deferencia y elegancia, que evita toda rapacidad y carroñería. Pero nunca nuestra incapacidad, inhabilidad o lentitud en el tiempo nos han de convertir en Cancerberos o en perros de hortelanos, que pierden miserablemente el tiempo ladrando o meditando en las musas, mas no trabajando. Con frecuencia ocurre que un asunto celosamente custodiado, al final es expuesto y difundido por el guardián de forma mediocre o incompleta, lamentando entonces la comunidad científica el retraso y la pobreza de los resultados. Unamuno decía que los españoles uníamos a la ambición la avaricia, exaltando la primera cualidad, moderadamente, como virtud, y despreciando la segunda como pesado lastre y ruina de todos nuestros empeños. La generosidad, en consecuencia, no está reñida con la legítima propiedad intelectual, ni con la prioridad que el tiempo otorga por elegancia a los más atrevidos o a los más veloces. Liberémonos de la mezquindad que pordioseca en nuestros rincones.

De todos modos, cuando se producen esas fricciones por intersección de intereses, se pueden intentar arreglos de caballeros o de damas, mediante la colaboración, la coedición o la distribución razonada de las materias o de los enfoques. Las perspectivas que admite el estudio de un asunto o fenómeno son casi tantas como varillas de un abanico. La curiosidad del ser humano es ubérrima.

En relación con todo este asunto está el control de la fatiga. El cuerpo y el espíritu del ser humano son frágiles y no es conveniente extenuarlo hasta el límite de la locura, perdiendo en el empeño salud, equilibrio y a veces la humanidad.

-.-.-.-

El diletantismo, la erudición patológica y el ocio ocioso son pervertidores máximos y solapados del investigador que se dedica a la exhibición más que a la verdad. La molicie complaciente en los resultados obtenidos, la presunción por los éxitos entre los compañeros, y la estulticia vanidosa, nos



harán perder con una rapidez vertiginosa tiempo, inteligencia y amigos. Los generales romanos cuando celebraban su triunfo en su Roma eterna, subidos a un carro de caballos y agasajados y vitoreados por el pueblo en el desfile que transitaba por la calles, llevaban a sus espaldas a un esclavo que continuamente les recordaba: "Recuerda que sólo eres un hombre". Está bien respirar tras el cansancio por unos instantes, mientras uno se recrea y solaza en el paisaje o medita en él; está bien celebrar y compartir humanamente los triunfos con los amigos; está bien sentir satisfacción por el trabajo bien hecho. Sin duda alguna. Todo ello está bien y hasta es necesario, porque el hombre es también sentimientos y necesita sentir la belleza, el amor y la compañía. Sólo recordar lo que decía Séneca: "Huid de los placeres, huid de la felicidad enervante que impregna los espíritus como amodorrados en una borrachera perpetua si no interviene algo que les advierta de la suerte humana". Añadía: "...los placeres de los sabios son comedidos, moderados,...".

Confucio comentaba con añoranza: "En la Antigüedad las personas estudiaban para mejorar; hoy día estudian para impresionar a los demás".

-.-.-.-

El desprecio desdeñoso que en ocasiones se observa de forma nítida o difuminada en los ojos y en los rostros de algunos investigadores, es elocuente y revela no su sabiduría, limitada y pobre, sino su ignorancia, y una soberbia tan inútil como lastimosa. El investigador, además de no vilipendiar o sonrojar a sus colegas, ha de mostrar aún casi más exquisita elegancia y diligencia en su trato con personas de menores habilidades mentales o con recursos intelectuales más reducidos. La dignidad y la valía de las personas no se mide por el CI o el número de publicaciones, sino por el amor que desprenden y derraman. El que sólo presume de artículos, de libros, de congresos, de proyectos, de conocimientos (que no de sabiduría), desparrama y se diluye en la nada. Unamuno, con especial clarividencia, abordó este espinoso asunto y hablaba de un "desarrollo integral y sano de la personalidad", del individuo, concepto muy moderno que se utiliza a menudo en el voluntariado social presente. E insistía en el valor de la dignidad humana, amenazada por el afán de notoriedad y distinción, por el temor al anonimato y por el terror al abismo, siguiendo sus palabras. No se nos va a medir en el Paraíso por la producción, ni por su cantidad ni por su calidad. Ello es insignificante y pertenece a un concepto de economía humana bien destructiva e insolidaria. Se nos medirá sólo por el amor o por la sensibilidad. Epicteto decía con sobriedad: ... eres hombre, ciudadano del mundo, hijo de los dioses y hermano de todos los demás humanos (...) medita detenidamente a lo que cada uno de esos títulos te obliga y procura no deshonrar ninguno.

¿No está este último comentario en consonancia con el asunto que aquí tratamos? El desprecio que en ocasiones se aplica con rigor a los colegas, también se vierte a veces a las gentes sencillas, que no han disfrutado de la posibilidad de alcanzar elevadas cotas de conocimiento, o que la naturaleza no les proporcionó las virtudes y las cualidades necesarias para ello. El auténtico sabio es sencillo con los sencillos, comprensivo y afectuoso; y trata suavemente de inculcarles cierto amor por el saber. Unamuno decía que a veces padecemos "penuria de sensibilidad".

-.-.-.-

La tristeza es fea compañera y mala consejera para el investigador, sobre todo si se disfraza de solemne gravedad, de narcisismo o de egolatría. Es preferible, si es posible, mostrar siempre un rostro alegre y acogedor, afable el gesto, amable la palabra y la mirada limpia. Séneca nos diría: "Nada de lo que hacemos con tristeza es serio, nada importante. De ahí, digo, os procede la ira y la locura: de que valoráis en mucho lo insignificante". Seamos conscientes de nuestra diminuta o gigantesca misión en el descubrimiento de lo creado por Dios o por el hombre, según cada persona

y circunstancia. Pero en lo humilde o en lo sublime, sencillos y prudentes. No es necesario nada más. Aprovechar con alegría y un espíritu elevado la brevedad de la vida en beneficio personal y de todos los que comparten nuestra existencia. "Lo único que hacemos todos en serio es nacer", decía Unamuno.

El servicio a la Humanidad.

Toda investigación y todo investigador ha de estar al servicio de la Humanidad, presente y futura, como una vocación libremente elegida. Y la palabra servicio es otro vocablo no muy bien considerado en la actualidad pues se le agrega, sin mayor razonamiento, el sentido de sumisión o de rendición. No es así. Servicio es una noble tarea que se ofrece voluntariamente, con todo lo magnánimo que se encierra en esa palabra. Y no se trata de una graciosa concesión; es una obligación ética ineludible que nos demanda nuestra conciencia. Servir con las armas que la fortuna, o el destino, o nuestra astucia nos ha deparado: una sencilla honda, una hábil espada, una potente jabalina,...

El servicio a la Humanidad se entiende desde múltiples facetas. Es descubrir el misterio de lo desconocido. Es anunciar y divulgar el progreso material y espiritual a través de los múltiples e incesantes sacrificios de individuos y de pueblos durante siglos y milenios. Es transmitir a las nuevas generaciones el esfuerzo y los resultados obtenidos. "Una vida puede ser un poema", decía Unamuno.

¿Misticismo?. Preferible a planteamientos economicistas, políticos, sociológicos, dogmáticos, rigoristas, fundamentalistas, ... Hay pocos místicos en nuestros campos y habría que rogar para que acudieran en bandadas. Y un detalle extremadamente grave y vital: la inteligencia sólo, sin nada más, es una solitaria desterrada, en un exilio euxino que tritura sus resultados. La inteligencia no fecundada por la sabiduría es un como un jardín versallesco ante un bosque: es estéril y su vida es artificial. La inteligencia sin amor es una virgen infecunda, pobre, raída, destartalada, fría, insensible. Y si además permite que la perversidad se asiente en sus reales, surgirá un monstruo. Epicteto decía con clarividencia: Compongo hermosos diálogos, escribo buenos libros. ¡Ay, amigo mío! Preferiría que me demostrases que sabes dominar tus pasiones, moderar tus deseos y sujetar a la verdad todas tus opiniones. Y añadía: Ni las victorias de los juegos olímpicos, ni las que se alcanzan en los campos de batalla, pueden dar al hombre la felicidad. Las únicas que logran tal cosa son las que se alcanzan sobre sí mismo. Insistimos: el investigador ha de vivir para servir a la Humanidad; y en ello radica su felicidad y se encarna su redención como ser.

René Descartes comentaba a propósito de todo esto lo siguiente: "...nada nos aleja más del recto camino de la búsqueda de la verdad que el dirigir los estudios no a este fin general, sino a algunos particulares. Yo no hablo de fines malos y condenables, como la gloria vana y el torpe lucro, pues es evidente que a éstos conducen razones falaces y argucias propias de espíritus vulgares por un camino más corto que el que pudiera el conocimiento sólido de la verdad. Sino que me refiero incluso a los honestos y dignos de alabanza, ya que a menudo nos engañan de un modo más sutil. Así si buscásemos las ciencias útiles para las comodidades de la vida o por aquel placer que se encuentra en la contemplación de la verdad y que es casi la única felicidad pura de esta vida, no turbada por ningún dolor. Ciertamente podemos esperar de las ciencias estos legítimos frutos;..." [extraído de su regla I].

Ramón y Cajal nos ofrece un párrafo muy ilustrativo donde compara al sabio con el héroe: "Luche el sabio en beneficio de la Humanidad entera, ya para aumentar o dignificar la vida, ya para ahorrar el esfuerzo humano, ora para acallar el dolor, ora para retardar y dulcificar la muerte. Por el contrario, el héroe sacrifica a su prestigio una parte más o menos considerable de la Humanidad, su estatua se alza siempre sobre un pedestal de ruinas y cadáveres, su triunfo es exclusivamente

celebrado por una tribu, por un partido o por una nación, y deja tras sí, en el pueblo vencido, estela de odios y de sangrientas reivindicaciones. En cambio, la corona del sabio otórgala la Humanidad entera, su estatua tiene por pedestal el amor, sus triunfos desafían a los ultrajes del tiempo y a los juicios de la Historia...."

Séneca afirmaba que "... el sabio está cerca de los dioses. Si exceptuamos su naturaleza mortal, es semejante a Dios".

La investigación del investigador es su contribución social y humanitaria al progreso y desarrollo de nuestra especie y de nuestro planeta. Cada cual contribuye desde su área de conocimiento y según sus virtudes y cualidades. Pero ese óbolo redentor debe permanecer al margen de las ambiciones personales. En caso contrario la investigación queda huérfana de forma radical y suena a hueca. Nadie es sabio si estudia, conoce y acumula para su propio entendimiento, deleite o beneficio, o si esconde, reserva o manipula la información y los descubrimientos. Un compromiso generoso y de amplias perspectivas debe presidir el esfuerzo del investigador. Además hay que advertir que la inteligencia del investigador y sus resultados brillantes y triunfantes, presentan un triple origen: genético, ambiental y por esfuerzo personal. Ha de devolver a su origen de algún modo, en consecuencia, buena parte de sus potencialidades, para que se perpetúe la generosidad espléndida con la que le dotó la Naturaleza, o el esfuerzo que la sociedad realizó para que el investigador alcanzara sus cotas de saber. Y si presenta un pensamiento trascendente y cree en la Providencia, nada mejor que Epicteto: La divinidad te ha dotado de armas para hacer frente aun a los acontecimientos más espantables. Tales armas son, entre otras, la grandeza de alma, la fuerza, la paciencia y la constancia. Sírvete de ellas; y si no lo haces, confiesa, en vez de lamentarte, que has arrojado las armas con que te había hecho fuerte. Y añade con piedad: Somos tan ingratos que, lejos de dar gracias a la Providencia por las maravillas que ha obrado en nuestro favor, la acusamos y aún nos quejamos de ella. Y, no obstante, por poco que nuestro corazón fuese sensible y agradecido, un solo detalle de la naturaleza, aun el menor de todos, nos bastaría para revelarnos la Providencia y el cuidado que de nosotros tiene.

Al investigador de la arqueología, de la historia o del arte, ha de agradecersele, por otra parte y sin duda, el esfuerzo por conocer y transmitir el origen y la mentalidad de las poblaciones pasadas y presentes. El hombre que desestima por desidia, no por lamentable ignorancia o por penosa falta de instrucción, el conocimiento y el respeto comprensivo por el legado de las generaciones pretéritas, comete la insensatez de pensar que su presente es único y singular. Y voluntariamente prescinde de un legado de sabiduría y experiencia que le permitiría guiar su trayectoria futura, personal y colectiva, como ser humano y como especie.

Es de agradecer al investigador de las ramas aludidas o de otras similares, la generosidad en el tiempo invertido y la difusión de sus conocimientos y resultados obtenidos, a veces incluso a costa de sus propias arcas, no siempre muy bien surtidas. La asistencia a congresos, simposios, coloquios, jornadas, homenajes y demás reuniones al uso, implican un desembolso económico no compensado en todas las ocasiones mediante becas, ayudas o proyectos de investigación. Añadamos el tiempo de la prospección de campo, o en el rastreo de archivos y bibliotecas, o los materiales utilizados en la misma indagación.

Pero la transmisión del conocimiento de quien realmente es sabio se ofrece no sólo entre los colegas, como un intercambio equilibrado de presentes, sino también a las gentes más sencillas o imposibilitadas para tales tareas. Es un derecho de la Humanidad recibir información y formación en todos los sentidos sobre su historia, su arte, su cultura, su civilización. Prosperar en solitario es un acto falso y conduce a la nada. Prosperar todos juntos, en lo humano y en lo divino, es heroico y de sabios. El que se reserva sus conocimientos o los comparte con unos pocos elegidos es un avaro (o un incapacitado); el intelectual que difunde en la medida de sus posibilidades su saber y sus

logros, alcanza profundidad en su espíritu. Y no se trata sólo de una graciosa concesión sino de una obligación ética, de un acto que en esencia ha de ser altruista y gratuito, sin percibir monedas por ello. Marco Aurelio decía: "Mira de no hacerte César, de no impregnarte de la púrpura (...). Consérvate sencillo, bueno, puro, grave, sin afectación, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, cariñoso, firme en el cumplimiento del deber". Unamuno comentaba en son de burla y de crítica que numerosos líderes proclamaban sus pensamientos con el preludio de "Adelante" o de "Arriba". El prefería el concepto de "Adentro".

--.--

La percepción de nuestra finitud e imprecisión es básica. Somos, por definición, incompletos, incapaces e imperfectos, por muchos empeños y desvelos que aportemos. Hay márgenes amplísimos por explorar y por explotar con espíritu sereno y equilibrado. El investigador será consciente, por muchas vías que descubra y por miles interrogantes que desvele, que su aportación es minúscula, relativa, pasajera incluso. Será muy útil, sin duda; será muy meritoria, desde luego. Pero esa percepción de la finitud de nuestra vida y de los límites de nuestros conocimientos en una etapa de nuestro proceso evolutivo, es un excelente antídoto contra varias enfermedades casi mortales y extremadamente contagiosas: la vanagloria, la necedad y la angustia. Humildes y felices para conocer nuestro limes en un momento dado; para disfrutar de nuestros descubrimientos adobados por un noble orgullo; para sabernos semilla que germinó de otras semillas y que nos convertiremos en semillas que permitirán avanzar a las generaciones venideras.

--.--

La autocrítica sincera y severa es también una excelente aliada para situarnos en una perspectiva no distorsionada, equilibrada de nuestra aportación. Y si es preciso modificar las teorías que hemos expuesto para corregir errores o interpretaciones equivocadas, hay que hacerlo con elegante sencillez. Ramón y Cajal sentenciaba: "... lo malo no es la mudanza, sino la regresión y el atavismo. Variación supone vigor, plasticidad, juventud; fijeza es sinónimo de reposo, de pereza cerebral, de petrificación de pensamiento, en fin, de inercia mental, anuncio seguro de decrepitud y de muerte".

El grado de maestro.

El que haya alcanzado el grado de maestro, título que no concede la Administración, sino que es condición que otorga de forma muy democrática la asamblea de jóvenes investigadores y los colegas, adquiere una responsabilidad muy singular pues ha de crear vocaciones y orientar a personas. Como afirmaba Ramón y Cajal, "dejar prole espiritual, además de dar alto valor a la vida del sabio, constituye utilidad social y labor civilizadora indiscutible,...".

El maestro nunca es un depredador o explotador de sus discípulos, ni hace rapiña o botín de sus trabajos. El maestro nunca amenaza o se burla de sus discípulos ni los humilla. El maestro nunca utiliza en su propio beneficio y en sus propios intereses obras hurtadas o expoliadas. El maestro no se vanagloria ante su corte de aduladores, ni se enaltece ante el público. El maestro no añade o fomenta la rivalidad entre sus paladines, ni manipula las conciencias.

El maestro no es avaro ni reservado con su patrimonio intelectual. El maestro que asume su papel, por el contrario, entiende que su labor con los discípulos y jóvenes investigadores ha de ser como la ofrenda que hacen los padres con los hijos: desinteresada, educativa, sin esperar remuneración en tiempo o en publicaciones. Es una inversión cuyo destino es la propia Humanidad; no su mortal humanidad. Es ofrenda sacrificial. Su única recompensa es poder saber más aún, compartiendo,

aprendiendo de sus discípulos. Se sentirá satisfecho por entregar a la comunidad a otros sabios que trabajarán por mejorar la condición material y espiritual del mundo. El buen maestro trata de forma cordial y en concordia a sus discípulos y alumnos. El buen maestro les abre horizontes para que los exploren si tal es el deseo de ellos. El buen maestro les orienta si le reclaman un guía. El buen maestro considera, en fin, que coparticipan todos de una misma tarea: la de mejorar o equilibrar la situación de nuestra especie.

Ramón y Cajal decía que el maestro es "un hombre como todos", que ha sufrido, se ha esforzado, ha dudado, se ha equivocado, ha perseverado,... Y añadía: "La más pura gloria del maestro consiste, no en formar discípulos que le sigan, sino en formar sabios que le superen". Más sacrificio, generosidad y altruismo es imposible. Más allá sólo está la trascendencia: Epicteto: El sabio salva su vida al perderla.

El grado de discípulo.

Si alcanzar el grado de maestro es un nivel sólo reservado para los sabios ecuánimes, la pertenencia al grado de discípulo no es tampoco tarea fácil, y requiere todas las cualidades y virtudes que hasta aquí hemos ido enumerando. Se deduce de ello que es una cuestión muy complicada. El joven investigador ha de aprender tanto o más que el viejo, pues además, ocasionalmente, puede alentar, enseñar y orientar a otros investigadores más jóvenes que él o alentar a otros condiscípulos. No ha de ser un déspota o un tirano con los noveles, ni con los que, como él, se inician en las arduas tareas de la investigación. Guardará sus sonrisas conmisericordias para ocasiones apropiadas. Respetará a todos sus compañeros de aventura, como un viejo legionario fiel a sus camaradas de armas, inmersos en una misma campaña.

Es muy sugerente un párrafo de Ramón y Cajal en el que define las cualidades que adornan a un prometedor investigador:

"Harto más merecedores de predilección para el maestro avisado serán aquellos discípulos un tanto indómitos, desdeñosos de los primeros lugares, insensibles al estímulo de la vanidad que, dotados de rica e inquieta fantasía, gastan el sobrante de su actividad en literatura, en dibujo, la filosofía y todos los deportes del espíritu y del cuerpo. Para quien los sigue de lejos parece como que dispersan y se disipan, cuando en realidad se encauzan y fortalecen. Corazones generosos, poetas a ratos, románticos siempre, estos jóvenes distraídos poseen dos cualidades esenciales de las que el maestro puede sacar gran partido: desdén por el lucro y las altas posiciones académicas y espíritu caballeresco enamorado de altos ideales. Al revés de los otros, al abandonar las aulas es cuando realmente comienzan a estudiar,..."

Creemos sinceramente que mejor definición de un sabio en potencia es imposible y así suspendemos este comentario.

Unamuno también se mostraba partidario de evitar las excesivas comodidades y facilidades y propugnaba abandonar el aburrimiento, la superficialidad y la molición de la civilización aletargadora.

¿Qué ha de exigir el investigador a la sociedad o al Estado?

Es lógico pensar que ante todo respeto por su tarea en la que invierte tiempo y energías, sin concesiones a la molición o al desánimo.

Las ayudas, por otra parte, no se entienden sólo desde la vertiente económica, aunque es muy necesario recordar que Severo Ochoa, en una entrevista realizada cuando regresó a España,

reclamaba para el investigador una vida decorosa. Nunca de lujo; pero sí digna. Séneca decía que "...la morada del sabio es estrecha, sin adornos, sin ruidos, sin complicaciones..."

Todos sabemos que las penurias y la escasez de materiales y medios definen casi inevitablemente a los investigadores, quienes además de luchar contra el tiempo y su propia ignorancia, se ven obligados con frecuencia a combatir contra la llamada "administración", la desidia, la indiferencia de la población o las insidias de compañeros alterados. Demasiados frentes para investigar con serenidad. Y a veces sólo los Titanes son capaces de sobreponerse a tales adversidades. Por ello el intelectual y el investigador deben exigir con justicia respeto y tranquilidad, para que sus descubrimientos o hallazgos reviertan en el resto de los mortales.

Agreguemos los onerosos gastos que conlleva la propia investigación, y que con demasiada frecuencia sangran la bolsa del investigador. La adquisición de libros, las perseguidas fotocopias tan vitales e ineluctables, las consultas en museos, universidades o centros situados en otros puntos del país o en el extranjero, los cursos de formación y perfeccionamiento, el rastreo para estar continuamente al día, los viajes incesantes, las atenciones a los problemas cotidianos,... Todo ello configura un universo al margen mismo de la investigación pura, que dificulta aún más el esfuerzo mental y que grava a las economías modestas. Se hace complicado mantener un nivel de producción aceptable.

Si además el investigador ha de mantener una familia, el panorama se complica todavía más, y aparece la lógica tentación de abandonar o de rentabilizar como un mercenario el proceso de la investigación, aunque sólo sea por mantener a su prole.

El investigador no ha de ser un privilegiado dentro de la sociedad. Presta unos servicios a la comunidad por amor a ella misma. El respeto que merece el investigador es el mismo (nunca más, pero tampoco menos) que se ha de conceder al campesino, al obrero, al empresario, al artista, al político, al deportista o al militar, por ejemplo. Todos juntos constituyen diferentes ángulos del poliedro de la laboriosidad humana, y todos ellos se desgajarían dislocados si hubiera privilegios y concesiones desmedidas. No hay nunca una equidad completa y medida, pero sí se ha de tender hacia un equilibrio fluctuante.

El investigador ha de recibir, y los debe reclamar, los estímulos necesarios e imprescindibles para desempeñar con dignidad su misión, del mismo modo que los trabajadores disponen de herramientas adecuadas y técnicas avanzadas en las empresas que contratan sus servicios. No se ha de permitir en ningún modo que un buen investigador renuncie a sus tareas por falta de medios o de financiación. Sería un derroche imperdonable que ningún país puede consentirse. Y menos la Humanidad.

Es cierto también que Ramón y Cajal decía plenamente convencido que en ocasiones no había penuria de dinero o escasez de recursos, sino "miseria de voluntad" y que el investigador era capaz de suplir con entusiasmo y perseverancia las deficiencias y superar los obstáculos. Añadía que había "... un noble orgullo en triunfar con pobres medios: el orgullo de la elegancia y de la sobriedad". En efecto, se debe otorgar vida a las máquinas, a las herramientas y a los libros utilizados por los investigadores, por escasos y deficientes que sean, es decir, arrancarles el máximo rendimiento.

Séneca recordaba que "...la divinidad no mima al hombre bueno; lo pone a prueba, lo endurece, lo prepara para ella". Del mismo modo el investigador no ha de arredrarse porque surgen los inevitables contratiempos, físicos, temporales o humanos. El afán de superación, la tenacidad y un espíritu irreductible, consiguen casi milagros, como los atletas que se entrenan diariamente sin importar el calor o el frío, la lluvia o el viento. Concluía Séneca: "... no temer las circunstancias duras y difíciles y no quejarse del destino. Tomarlo todo por el lado bueno, transformarlo en bueno.

No importa el qué, sino el cómo lo soportes". Añadía: "...soportar con tranquilidad las situaciones duras y con moderación las favorables".

El aroma de la nostalgia y del misterio.

Las motivaciones del investigador son múltiples. Unos se incorporan a la investigación por tradición familiar y perpetúan los apellidos. Otros, en cambio, por el afán de la aventura y la llamada de lo desconocido. Son dos opciones aceptables y que pueden proporcionar indistintamente los mismos resultados.

En ocasiones, sobre todo para los investigadores de la Historia, del Arte y de la Arqueología, la nostalgia por las culturas ancestrales les seduce y tratan de conocer los seres que les precedieron en el tiempo y en el espacio, a través de un extraño vínculo, superando el abismo profundo y lóbrego que nos separa. Son llamadas difíciles de evitar.

Hay además un aroma de trascendencia que anima al cerebro y a la mano a escribir y a investigar sobre las culturas extintas. Hay razones que escapan a la razón porque obedecen a impulsos que nos atrevemos a calificar de místicos y románticos. No todo en las ansias humanas es comercio, vanidad, rivalidad o servicio. La aparente inutilidad de algunas ciencias humanas es su utilidad. A veces, la simple admiración por lo creado es suficiente remedio para el agotamiento y estímulo para proseguir en el marcha. Fray Luis de León cantaba:

"El aire el huerto orea y ofrece mil olores al sentido, los árboles menea con un manso ruido que del oro y del centro pone olvido".

También Séneca elogiaba los beneficios del vagabundeo por el campo, "para que el espíritu se crezca y se exalte al aire libre".

El afán de la aventura, sobre todo entre los arqueólogos arrebatados por el misterio y la inmortalidad del hallazgo, es otra baza, y no menor, que interviene en el escenario.

Descartes decía como crítica: "Los mortales están poseídos por una curiosidad tan ciega que con frecuencia conducen sus espíritus por vías desconocidas, sin motivo alguno de esperanza, sino tan sólo por tantear si se encuentra allí lo que buscan."

Pero, por el contrario, sí era partidario de "... servirse de todos los recursos del entendimiento, de la imaginación, de los sentidos y de la memoria,..."

El afán de eternidad de la persona y de sus obras proyectadas y culminadas, no es impulso desdeñable en las tareas del investigador, y se puede sublimar sin caer en el pecado de la vanagloria. Una conciencia mística, como la que en parte condujo a los descubridores hacia los nuevos mundos del Renacimiento, orienta a los que se dedican a desentrañar el conocimiento. El misticismo es una fuerza que si no se metamorfosea en fanatismo rigorista, exterminador de vidas, sino que persiste como conversión personal, genera vida. La humildad nos muestra los límites de nuestros horizontes, que siempre son más amplios de lo que imaginamos, más esperanzadores de lo que soñamos y más fecundos de lo que somos capaces de acumular en el entendimiento (permítasenos seguir las nobles enseñanzas de Winnie the pooh en el bosque de los Cien Acres, ya que los que disfrutamos de la compañía de los hijos pequeños, aprendemos también sabiduría de sus cuentos maravillosos). La sobriedad nos permite contener las ambiciones ilimitadas y soberbias. La baraka (léase, si se desea, la Providencia) nos muestra el camino apropiado y justo.

Aún siendo conscientes de nuestra perentoria y provisional existencia terrestre, nos esforzamos por perpetuarnos en la memoria. No por las azañas, cual caprichoso Aquiles u osado Odiseo; sino por las obras escritas y las aportaciones realizadas a la tarea común del conocer. Sólo recordar la vieja advertencia de Séneca: "¿Qué necesidad hay de componer obras destinadas a perdurar a través de los siglos? ¡ Por favor, no lo hagas para que la posteridad no te silencie!". En efecto, sólo habrá una voz que nos rescate del silencio y de la soledad eternas, aportemos o no nuestras sugerencias, enmiendas o apostillas al margen.

El investigador disfruta del derecho y de la posibilidad de emocionarse ante el Universo o la Creación, como cualquier mortal o persona normal. Teilhard de Chardin hablaba de una expansión de la energía personal y que tal energía no era sino "... la obediencia a una voluntad de ser y de crecer que varía de intensidad y adquiere modalidades infinitas de las que no somos nosotros los dueños". El estudio del Arte, de la Arqueología o de la Historia ofrece la contemplación de los paisajes, el disfrute de la armonía de las proporciones, el gozo de las formas y de las obras humanas y la comprensión de las mentalidades, miserias y triunfos de los hombres y mujeres de nuestra especie. Se crean imperceptiblemente unos vínculos con la Naturaleza y la ecología emerge en nuestras conciencias. Se adquieren sensibilidades por los esfuerzos y dificultades de los seres humanos en su trayectoria histórica en medio de la geografía. Surge también una necesidad de compartir la creación entre todas las especies, e incluso una sensación de coparticipar en la redención y salvación de lo mortal con cualquier forma de vida y anatomía existente en otros mundos ajenos a nuestro planeta. Marco Aurelio decía: "...recorre esta pequeñez de tiempo, acorde con la naturaleza, y despídete propicio, como la aceituna que maduró y cayó bendiciendo a la tierra que la produjo, y dando gracias al árbol que la había criado".

No es necesario soslayarlo, uno se siente integrado con armonía en el Universo (o hijo de Dios), según sean las creencias personales. Recordamos aquí una hermosísima frase pronunciada por un jefe masai no hace muchos años en una entrevista en TV y que le otorga, sólo por ella, el rango de sabio: "Cuidaremos de la Tierra y de sus criaturas. Las cuidaremos por nuestros antepasados; las cuidaremos por nuestros descendientes".

"Nosotros somos el tiempo; como nosotros seamos así será el tiempo"

AGUSTIN DE HIPONA.

¿No tienes un Padre inmortal que no cesa de velar por ti y de socorrerte en cuanto necesitas?

EPICTETO.

"... nunca he visto a nadie perder su vida por rendirse a la humanidad".

CONFUCIO.

PROCEDENCIA DE LAS CITAS Y DE LAS IDEAS UTILIZADAS Y QUE AYUDAN A FORJAR UNA MENTALIDAD HUMANA Y DE INVESTIGADOR.

.- ARANGUREN, J.L.: Etica de la felicidad y otros lenguajes, Tecnos, Madrid, 1989. .- Dhammapada, Edaf. Colección Arca de la Sabiduría. Versión de Narada Thera, Madrid, 1995.

.- CICERON, M.T.: Sobre los deberes, Tecnos, Madrid, 1989.

.- CONFUCIO: Analectas, Edaf. Arca de la Sabiduría. Versión y notas de Simon Leys. Madrid, 1998.



- .- DESCARTES, R.: Reglas para la dirección del espíritu, Alianza Editorial, nº 1034. Madrid, 1984.
- .- EPICTETO: Manual y Máximas, Ed. Porrúa, México, 1975.
- .- GALA, A.: La soledad sonora, Ed. Planeta. Barcelona, 1991.
- .- GALA, A.: Carta a los herederos, Ed. Planeta. Barcelona, 1995.
- .- LAO TSE: Wen-Ztu, Edaf. Colección Arca de la Sabiduría. Versión de Thomas Cleary, Madrid, 1994.
- .- Fray LUIS DE LEON: Poesías, Alianza Editorial, nº 1197, Madrid, 1986.
- .- MARCO AURELIO: Meditaciones, Alianza Editorial, nº 1127. Madrid, 1985.
- .- RAMON Y CAJAL, S.: Los tónicos de la voluntad, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1982.
- .- SENECA, Lucio Anneo: Diálogos. Tecnos, 22. Madrid, 1986.
- .- TEILHARD DE CHARDIN: El medio divino. Alianza-Taurus, 414. Madrid, 1989.
- .- UNAMUNO, M.: Ensayos, 2 tomos. Aguilar. Madrid, 1970.